

que Venecia ofreció á su huésped para mostrarle su fuerza, sus riquezas y sus seducciones.

Aquellos obsequios no los dictaba simplemente la cortesía, sino que la República tenía interés en afirmar su inteligencia con Francia y festejaba el advenimiento de un príncipe á quien las victorias de Jarnac y de Moncontour habían conquistado una reputación de gran capitán. El poderío de Francia era una de las garantías de su independencia y su mejor protección contra España que predominaba en Italia. Los demás Estados de la península participaban de los mismos temores y esperanzas que Venecia: los embajadores, los príncipes, el duque de Ferrara, el duque de Saboya, el cardenal sobrino, todos acudían para recomendarse al nuevo rey; era una manifestación de la clientela italiana de Francia y una especie de recurso de la debilidad contra la pesada hegemonía de los soberanos del Milanesado y del reino de Nápoles.

El ex rey de los sármatas se abandonaba gustoso á los encantos de aquel lugar de delicias: desde aquella tierra de Polonia en donde el clima era crudo y las costumbres violentas, pasaba de pronto á un centro de placeres fáciles, de corrupción catalogada, tarifada, triunfante; de día, recorría las tiendas, comprando al joyero Antonio della Vecchia alhajas y piedras preciosas, y al perfumista du Lys almizcle por valor de 1.125 escudos; y por la noche acudía á citas y se saciaba de placeres.

Allí estuvo ocho días y de allí salió con el cuerpo y el alma fatigados. Lentamente atravesó la Italia del Norte, pasando por Ferrara y por Mantua, y no llegó á Turín hasta el 12 de agosto, á pesar de las súplicas de su madre que le apremiaba para que se apresurase; ni siquiera contestó á las cartas de ésta, la cual estuvo desde el 6 de julio al 6 de agosto sin recibir noticias suyas directas. Enrique tenía razón en confiarse á la habilidad de Catalina, quien conocía á fondo el arte de aplazar las dificultades y era una especialidad para las soluciones provisionales.

Montgomery, después de hecho prisionero, había sido llevado á París, juzgado por el Parlamento y ejecutado (26 de junio); en cambio sus compañeros y Guitry fueron perdonados por Catalina que quería atraerse á los protestantes del Oeste y firmar con ellos, á falta de paz, una tregua, pues le convenía desarmar la Normandía y el Poitou á fin de dirigir su principal esfuerzo al Mediodía contra Damville. La Noue, valiente capitán, pero político muy mediano, se dejó tentar por el deseo de asegurar á su partido y á los mercaderes de la Rochela un reposo de dos meses, y en 27 de junio firmó un armisticio.

La reina madre podía ahora atacar á Damville, el único hombre capaz de realizar aquella unión de los políticos y de los protestantes que era la amenaza del porvenir; y al mismo tiempo que apresuraba un reclutamiento de 6.000 suizos, trataba de decidir á aquél, mediante vagas promesas, á que se rindiera incondicionalmente, afirmando que la intención del rey difunto y la suya propia no habían sido nunca otras que la de facilitarle la ocasión de justificarse, y asegurándole que tendría gran placer en encontrarlo inocente. Y para el tiempo que durase la justificación, transfería el gobierno del Langüedoc al tío del mismo acusado, el señor de Villars.

Damville, no menos sagaz que Catalina, pedía que le dejaran ir á presentar su defensa al rey, al paso de éste por Turín, con lo cual entretenía á la reina madre, en la esperanza de una sumisión final. Pero los actos pugnantaban con las palabras: como si no hubiese sido bastante firmar una tregua con los protestantes sin consultar con el rey, aun se atrevió, en 14 de junio, á convocar, por su propia autoridad, los Estados de provincia para el día 2 de julio en Montpellier, y por último hizo llevar en 1.º de agosto una proposición formal de alianza á la Asamblea general de los protestantes reunida en Millau.

Estos representantes de las Iglesias del Langüedoc, de la Guiena, del Delfinado y de las demás «dispersadas por la tempestad» obraban con la misma independencia de Damville, á quien reconocieron como gobernador y jefe general bajo la autoridad de Enrique III, y votaron, á pesar de la oposición de una minoría intransigente, la unión con los católicos «asociados ó políticos.»

De este modo quedaba oficialmente declarada la alianza de los hugonotes y de los políticos, quedando relegadas á segundo término las diferencias religiosas y ocupando el puesto principal la reforma del Estado. Los diputados de Millau declaran que «aprecian, desean y aman con singular afecto la reconciliación, reunión y comunión civil con todos los expresados católicos compatriotas y demás que por espíritu y sentimiento de religión aman las buenas leyes comunes, la rectitud, la honradez, la justicia y la buena fe.»

Pero si apreciaban las ventajas de la alianza, también pensaban reservarse en ella una situación privilegiada, puesto que el mariscal no tendría el derecho de restablecer el culto «papista» en las ciudades ocupadas por una guarnición protestante, gozando en todas las demás cada cual el libre y entero ejercicio de su religión. La Asamblea general de las Iglesias imponía á Damville un consejo de seis ú ocho miembros y las medidas por él adoptadas no tendrían fuerza de ley si no estaban refrendadas por dos miembros, á lo menos, de este comité de intervención. De momento, se le reconocía como jefe de los reformados y de los católicos unidos; pero en el caso en que uno ó dos príncipes de la sangre se declarasen en favor de la causa, «lo que parecía muy probable,» el mariscal habría de someterse á la autoridad de éstos.

Por otra parte, existía un superior á quien la misma asamblea acababa de elegir «jefe gobernador general y protector» en nombre, lugar y autoridad del rey de Francia Enrique III: era Condé, que desde el extranjero, en donde se había refugiado, había publicado, en 12 de julio de 1574, un manifiesto en el cual indicaba las reivindicaciones comunes de los protestantes y de los católicos unidos y reclamaba la libertad de conciencia y de culto, la rehabilitación de las víctimas de la jornada de San Bartolomé, y el reintegro de los sobrevivientes ó de los herederos de los muertos en sus honores y en sus bienes.

La asamblea de Millau terminó sus deliberaciones con una declaración que subordinaba claramente la obediencia á la reparación de los agravios. Afirmaba sus intenciones pacíficas mediante la reunión de los Estados generales, el castigo de los asesinos y el libre ejer-

cicio de la religión; y sin dejar de protestar de su lealtad al rey, suplicaba á los príncipes y señores extranjeros «que, teniendo compasión de las miserias y destrucciones de uno de los principales miembros de la cristiandad (Francia), de cuya conservación dependen, en parte, ellos mismos, se sirvan favorecer y ayudar por todos los medios para ellos posibles, una petición tan justa y razonada» (9 de agosto de 1574).

Era una gran ilusión figurarse, como hacía la regente, que la llegada de Enrique III traería de nuevo á los rebeldes á la obediencia. Precisamente se ofrecía entonces al nuevo rey la ocasión de hablar como soberano, pues Damville solicitaba el favor de ir á esperarle en Turín para justificarse. Catalina, en las instrucciones enviadas á su hijo (carta de agosto de 1574), le decía que declarase francamente su voluntad de hacer la guerra ó de firmar la paz en las condiciones que tendría á bien fijar, añadiendo que si por casualidad los rebeldes no aceptaban su ley, le sería fácil reducirlos con los seis mil suizos del nuevo reclutamiento y con las tropas mandadas por el príncipe Delfín, pero que se guardase de conceder un armisticio durante el cual él consumiría sus fuerzas sin provecho, pues era preciso que los enemigos optasen entre la guerra y la paz inmediata.

Catalina no quería comprender que para vencer á los protestantes del Langüedoc era necesario aislarlos, atrayéndose nuevamente á Damville y al partido de los políticos. Enrique III prestó atención escasa á la justificación de Damville y á sus consejos de moderación, y dejó escapar torpemente la coyuntura de romper la unión de los hugonotes y de los católicos; y el mariscal salió del Piamonte jurándose, según se dice, no volver á ver al rey sino en pintura.

La reina madre, deseosa de reunirse con su hijo lo más pronto posible, salió de París el día 8 de agosto para ir á su encuentro, llevándose consigo al duque de Alençon y al rey de Navarra, á quienes el nuevo monarca, por consejo de ella, había entreabierto las puertas de la cárcel. El duque mostrábase muy arrepentido de sus faltas; pero la opinión pública persistía en su oposición á la regente y clamaba contra aquel gobierno de una mujer extranjera y contra los italianos que la rodeaban. Strozzi mandaba la infantería francesa; un segundón de la casa de Mantua, Luis de Gonzaga, casado con la heredera de Nevers, era jefe de ejército y miembro influyente del consejo del rey; el milanés Birague era canciller; los Gondi, florentinos, hijos de un maestresala de Enrique II, tenían el obispado de París, un cargo de mariscal de Francia y el gobierno de la Provenza, y otros muchos italianos explotaban el reino ejerciendo de banqueros, usureros, hacendistas y asentistas, habiendo algunos de ellos, como Sardini, Adjacet y Gondi, hecho fortunas inmensas. Del propio país habían venido gran número de astrólogos, en quienes Catalina tenía una fe supersticiosa, y perfumistas á quienes el vulgo atribuía otros oficios. El proveedor oficial de la corte, maese Renato de Milán, fabricaba olores, «cuellos y guantes perfumados» que, según se decía, causaban la muerte. Los libelistas y descontentos acusaban á la Médicis, en verso y en prosa, en francés y en latín, de entregar el reino á favoritos italianos (*ausoniis cinedis*).

El libelo más conocido y más digno de serlo es el

Discours merveilleux de la vie, actions et deportements de la reine Catherine de Medicis (1) («Discurso maravilloso sobre la vida, los actos y costumbres de la reina Catalina de Médicis»), que atribuye á Catalina no sólo las matanzas de San Bartolomé, sino también las muertes del delfín Francisco, hermano mayor de Enrique II, del príncipe Porciano, de d'Andelot, del cardenal de Chastillon, de Juana de Albret y de todos sus adversarios, todos los cuales fallecieron de muerte natural; que le reprocha haber desmoralizado y depravado á Carlos IX; que la persigue hasta en sus antepasados, aquellos Médicis empedernidos en disimulo, en ateísmo, en adulterios y en incestos; que no le perdona ni una acusación ni una sospecha, y que allí donde la historia escandalosa enmudece suple este silencio con la perfidia de las insinuaciones.

El *Discurso maravilloso* es más que un libelo, es el manifiesto de la oposición coligada de los protestantes y de los católicos «descontentos:» resume contra la regente todos los argumentos que Hotman había desarrollado en la *Franco-Gallia*; tiende á agrupar á todos los partidos contra Catalina de Médicis, tratándolos á todos con miramientos á fin de unirlos contra ella; y habla con simpatía de los Guisa y hasta disculpa casi su intervención en la jornada de San Bartolomé. En cambio, dice de Catalina que es enemiga del nombre francés, que secuestra á los príncipes, que ha encarcelado á los mariscales, y añade que es preciso, para la salvación de todos, alzarse contra ella. «...A esto os llaman vuestro deber y vuestro honor, señores é hidalgos franceses; no lleváis las armas para que os sirvan de adorno, sino para la salud de vuestros príncipes, de vuestra patria y de vosotros mismos. No soportéis, pues, que los príncipes sean esclavos, que los principales funcionarios de esta corona sólo por el afecto que es sabido profesan á ésta vean su vida en peligro, que vosotros mismos estéis todos los días expuestos á la muerte para satisfacer el apetito de venganza de una mujer que quiere vengarse de vosotros y por vosotros, todo á la vez.» Añade que la regente explota las pasiones religiosas y divide para reinar, y que en defecto de creencias religiosas basta para vivir unidos la comunidad de raza, de país, de reino y de soberano: «Marchemos, pues, todos con un solo corazón y un solo paso. Todos, digo, de todos los estados y cualidades, hidalgos, ciudadanos y aldeanos, y obliguémosla á devolvernos á nuestros príncipes y señores en libertad.» Este libelo causó, según parece, gran efecto lo mismo entre los hugonotes que entre los católicos (2).

Catalina se preocupaba muy poco de las sátiras. Llegaba á Lyon llenos el corazón de esperanzas y la cabeza de proyectos y ni siquiera había esperado á reunirse con el rey para exponerle su programa, sino que había enviado á Turín á Cheverny con una memoria en la que indicaba á su hijo las reformas necesarias, le explicaba la manera de tener una corte y buenos servidores y de conquistarse el afecto de sus súbditos y le decía que era preciso que adoptase inmediatamente

(1) L. Clement, *Henri Estienne et son œuvre française*, 1898, pág. 32, opina que Enrique Estienne, sin ser el único autor del discurso, puso mano en él.

(2) L'Estoile, *Memoires-journaux*, I, pág. 27, septiembre de 1574.

buenas «prácticas,» «porque si aplazaba el hacerlo sería para siempre y vería tanto desorden como ha visto, lo que no debe ser (1).»

El encuentro se efectuó el día 5 de septiembre en Bourgoín y al día siguiente el rey hacía su entrada en Lyon y arreglaba el orden de los asuntos conforme al plan de su madre. El Consejo «fué reformado y reducido á número honrado;» de los príncipes y señores únicamente el cardenal de Borbón y el duque de Montpensier fueron llamados «á los negocios» de Su Majestad, y con ellos sólo entraron ocho personajes de experiencia y capacidad probadas, á saber: el canciller Birague, Morvilliers, L'Aubespine, de Foix, Pibrac, Monluc, Cheverny y Bellievre; y hasta las decisiones más importantes habían de ser adoptadas por un número aun menor de personas, en una «inaudita quintesencia de consejo» en el que solamente eran admitidos con la reina madre Birague y Cheverny.

Las atribuciones de los secretarios de Estado fueron mermaidas. Estos antiguos oficiales del secreto encargados de la redacción y expedición de los despachos habían comenzado ya á transformarse en agentes supremos del poder ejecutivo, recibiendo los informes de los embajadores, abriendo los paquetes y asumiendo á veces la responsabilidad de las respuestas. Carlos IX había autorizado, según se dice, á Villeroy para firmar toda clase de expediciones, «diciendo que no había más peligro en que las firmara que en que las hiciera.» Enrique III los restituyó á sus funciones primitivas.

La distribución de gracias y de dones pasaba también por las manos de los secretarios de Estado, y aunque era el rey quien otorgaba los favores, ellos se habían arrogado el derecho de suspender los efectos de los mismos si les parecían contrarios á las ordenanzas; pero Enrique III, considerando humillante esta intervención, no quiso obstáculos á su generosidad. Con ello recibió un golpe funesto la hacienda del Estado, mas el nuevo rey tenía empeño en ser el único dispensador de las gracias sin oposición ni intervención alguna. Asimismo decidió que los memoriales le fuesen entregados en propias manos por los peticionarios, y así como hasta entonces los magnates habían servido de intercesores, quiso ponerse en relación directa con sus súbditos más humildes y reservarse el beneficio de sus liberalidades.

Estas medidas eran hábiles siempre y cuando Enrique III cumpliera los deberes de su cargo; pero, en vez de esto, sólo pensaba en aislarse. Llegaba de Polonia infatuado con su grandeza; ceñía dos coronas y Catalina le escribía que era el capitán más grande del siglo y que en punto á experiencia podía ponerse al lado de un hombre de cincuenta años. Además Italia le había prodigado honores, recepciones solemnes y adulaciones. Quiso mostrarse inabordable y, encerrado con tres ó cuatro favoritos, dejábase ver lo menos posible. Sus predecesores toleraban la presencia de hidalgos en el palacio y en torno de su mesa, en la que comían en público; Francisco I y Enrique II decían, á veces, alguna frase amable á esa nobleza, y prestaban oídos así á una agudeza como á una solicitud; y Catalina de Mé-

(1) *Mémoire pour montrer á Monsieur le Roy mon fils* (8 de agosto), «Lettres de Catherine,» V, pág. 73.

dicis había conservado estas costumbres sencillas y familiares. En cambio tales hábitos repugnaban á Enrique III, el cual hubiera querido comer solo en presencia de tres ó cuatro personas; pero los grandes señores manifestaron de tal manera su descontento, que el rey hubo de reanudar la antigua costumbre, si bien para alejar á los importunos mandó levantar «grandes vallas alrededor de su mesa.»

Fué siempre el hombre de una camarilla. La situación extraordinaria que había ocupado en tiempo de Carlos IX, aquella especie de virreinato que excitaba la envidia de su hermano, hábale obligado á crearse una clientela de gentes de toga y de espada y á organizar con la complicidad de su madre una especie de gobierno oculto al lado del gobierno legal. Catalina temía que no lograra romper aquellos vínculos y que el rey de Francia no supiera olvidar los rencores y las antipatías del duque de Anjou; por esto el mismo día en que le notificaba la muerte de Carlos IX (31 de mayo), le escribía: «No os dejéis llevar de las pasiones de vuestros servidores porque ya no sois el príncipe que tiene que decir conquistaré á esta parte á fin de ser el más fuerte, sino que sois el rey y es preciso que todos os tengan por el más fuerte, porque es preciso que todos os sirvan y que á todos améis y no odiéis más que á los que os odien...» «Amadles (á vuestros servidores) y hacedles bien, pero por el honor de Dios, que sus parcialidades no sean las vuestras.»

Sus temores no eran quiméricos; en efecto, Enrique III no estaba aún en Lyon y ya destituía á Retz de su cargo de primer gentilhomme de cámara para dárselo á uno de sus favoritos, Villequier; y habiéndole hecho observar la reina que era poco conveniente despojar de este modo á los servidores de su predecesor, no pudo conseguir sino que Villequier y Retz ejercieran el cargo seis meses cada uno. Tampoco pudo impedir que su hijo nombrara á Bellegarde mariscal de Francia, á pesar de estar vivos los cuatro titulares. Enrique, queriendo recompensar á sus fieles compañeros de Polonia, creó para Ruze un quinto empleo de secretario de Estado y nombró á Larchant capitán de los guardias, cargo que Catalina había conferido al señor de Lansac.

Ajustó la política exterior á las mismas preocupaciones de poder absoluto y consultó sus conveniencias, no el interés superior del país. De sus antiguas conquistas del Piamonte conservaba Francia, en la vertiente oriental de los Alpes, Pignerol, Perusa, Savillán y sus territorios, que, con el marquesado de Saluces, constituían otras tantas puertas para penetrar en Italia; pues bien, habiendo Margarita de Francia, duquesa de Saboya, pedido á su sobrino, al paso de éste por Turín, la cesión de aquellos territorios, Enrique consintió en ello sin haber consultado siquiera al Consejo. Los italianos que rodeaban á Catalina demostraron en aquella ocasión mayor cuidado de los intereses de la corona que el mismo rey; el canciller Birague se negó á sellar las cartas de cesión, y el duque de Nevers, gobernador de las comarcas ultramontanas, exigió que se consignara su oposición en documento público discutido en Consejo. Por lo demás, no parece que Catalina combatiera muy enérgicamente aquel capricho de su hijo, y aun quizás fué cómplice del mismo; el duque

de Nevers casi la acusa de ello, y de la embrollada carta que la reina le escribió nada puede sacarse en su abono.

II.—Guerra contra los protestantes y los políticos

Catalina es absolutamente responsable del sesgo que en el reino tomaron los acontecimientos. Es probable que Enrique III, que había recibido los consejos del emperador Maximiliano, del dux y hasta del duque de Saboya, se sintiese inclinado á una pacificación general; y si hubiese abierto las puertas de la Bastilla á los mariscales presos y concedido á los reformados el ejercicio de la religión en algunos lugares, estas concesiones habrían satisfecho á los políticos, disuelto su alianza con los protestantes y acaso obligado á éstos á abandonar las armas. Algunos consejeros prudentes como Pablo de Foix y militares como Monluc se mostraban favorables á las concesiones; pero Catalina, que se creía segura del éxito, quiso la guerra, como los católicos exaltados, por ejemplo el cardenal de Lorena y el canciller Birague. Cuatro ejércitos habían de operar á la vez: uno, mandado por el duque de Montpensier, operaba ya en el Poitou; otro, al mando del mariscal Retz, debía ir á Provenza; el tercero, á las órdenes del príncipe Delfín, ocuparía el valle del Ródano; y el rey marcharía personalmente contra Damville.

Damville protestaba de su inocencia, pero no cesaba de armarse, y habiéndosele intimado que licenciara sus tropas y fuera á encontrar al rey en Lyon ó se retirara al lado del duque de Saboya, replicó con un manifiesto violentísimo (13 de noviembre) en el que culpaba de los males del reino á aquel consejo de extranjeros «conspiradores de la total subversión del mismo, de los príncipes de la sangre y de la nobleza,» que trabajan para separar de los cargos y dignidades á los hidalgos y obligan á los súbditos del rey á «vivir como bestias brutas.» Dirigen contra la Provenza y el Langüedoc, decía, dos ejércitos, mandados el uno por el mariscal de Retz, «extranjero en este reino,» y el otro por el duque de Uzés (Jacobo d'Acier), en otro tiempo gran saqueador de iglesias, gran demoleedor de conventos, de iglesias catedrales y de colegiatas, gran ladrón de las «alhajas que en ellas había, y faltándole éstas ahora, le han faltado por la misma razón la religión y la piedad que decía haber abrazado.» Añadía que habían querido hacerle asesinar; pero que él no había empuñado las armas para vengar sus injurias, sino que había cedido á las advertencias y á las exhortaciones «así de los príncipes de la sangre, funcionarios de la corona y pares de Francia,» como de «todas las provincias de este reino,» habiéndose visto obligado á buscar el remedio á sus males «como funcionario de la corona, francés natural y salido de tronco de los cristianos y barones de Francia que siempre han tenido ante sus ojos la protección, conservación y defensa de sus reyes y de su reino en singular recomendación.»

Enrique III y su madre salieron de Lyon y fueron á instalarse en Avignon en pleno teatro de las hostilidades, desde donde Catalina, siguiendo su costumbre, se puso á negociar. Escribió á Damville proponiéndole una entrevista entre Beaucaire y Tarascón, con lo cual se proponía evidentemente hacerlo sospechoso á los

protestantes; pero aquél la conocía bien y contestó que comunicaría á sus aliados las disposiciones pacíficas de Sus Majestades.

Mientras el rey tomaba parte en las procesiones de los penitentes de Avignon, Damville construía una ciudadela en Montpellier, fortificaba Lunel, Nimes y Beaucaire y convocaba los Estados del Langüedoc sin consentimiento del rey. Enrique III convocó los mismos Estados en Villeneuve-les-Avignon, abrió la asamblea y afirmó que sólo él tenía el derecho de reunir á los representantes de la provincia; y en aquel mismo entonces Damville atacaba Saint-Gilles, situada á pocas leguas de distancia del sitio en que se encontraba el monarca, y batía la plaza con tanta furia, que los cañonazos se oían en Avignon. Al propio tiempo, los diputados de las Iglesias y de los católicos asociados se reunían en Nimes para firmar el gran pacto de unión contra la autoridad real y para organizar el gobierno de las provincias del Mediodía y del Centro (Langüedoc, Guiena, Provenza, Delfinado y la Rochela). De suerte que dentro del Estado se formaba una república bajo el mando del mariscal y del príncipe de Condé, con sus asambleas, sus ejércitos, sus cámaras de justicia, su hacienda, sus aduanas, sus impuestos, su policía, sus escuelas y sus establecimientos hospitalarios (reglamento de 10 de enero de 1575) (1).

El viaje á Avignon no había servido más que para demostrar la impotencia del rey. La muerte del cardenal de Lorena (26 de diciembre de 1572) debilitó el partido de los fanáticos que quería la guerra á todo trance, y Enrique III, ya fatigado, dió la orden de partida. El mariscal de Bellegarde, encargado de tomar la ciudad de Livrón que dominaba el camino terrestre á lo largo del Ródano, sitió durante más de cincuenta días (17 de diciembre de 1574 á 20 de enero de 1575) aquella plaza mal amurallada, sin conseguir apoderarse de ella; el rey y la corte desfilaron por delante de aquella insolente bicoca, entre los insultos de los hombres y los retos de las mujeres que estaban sobre las murallas.

La corte se dirigió á Reims, en donde Enrique III había de celebrar á la vez su matrimonio y su coronación. Cuando su viaje á Polonia, habíanle llamado la atención la belleza y la dulzura de una princesa lorenesa, Luisa de Vaudemont, y había resuelto 1575 casarse con ella sin consultar á su madre, que sostenía negociaciones en Dinamarca y en Suecia para encontrarle una esposa y una dote. Catalina puso á mal tiempo buena cara y aun quiso hacer ver que había sido ella misma la que había escogido á su nuera. La coronación se efectuó el 13 de febrero de 1575 y la boda al día siguiente; y el rey, en lugar de recibir una dote, cedió al duque de Lorena, tío de la nueva reina, sus derechos de soberanía sobre el ducado de Bar.

Sólo las noticias del Oeste eran bastante buenas: el duque de Montpensier había hecho ahorcar al gobernador de Melle que con 80 hombres y las murallas completamente arruinadas había tenido la pretensión de resistir durante tres días (19 á 21 de agosto de 1574) el ataque de todo un ejército; y aquel procedimiento, ajustado á las ideas de la época, desalentó á los coman-

(1) *Histoire du Languedoc*, XII, Col. 1112 sqq.